

ENTREVISTA / TIM STANLEY

Conservadores pro-Putin: víctimas de un error cultural

INTERNACIONAL

15_03_2022



**Nico
Spuntoni**



¿Qué pasó con la Tradición? Aquella con la "T" mayúscula, que para Gustav Mahler no consistía en adorar las cenizas, sino en mantener el fuego. Esta pregunta se la puso en un libro Tim Stanley, historiador y columnista del prestigioso diario británico *The Telegraph*

, tratando de darse y de darnos una respuesta. "Whatever Happened to Tradition?: History, Belonging and the Future of the West" (¿Qué pasó con la tradición?: Historia, pertenencia y futuro de Occidente), publicado en 2021 por Bloomsbury, es un texto que vale la pena leer para orientarse en el mundo del conservadurismo global, que disminuye el efecto de la pandemia y de las secuelas de la resaca Brexit-Trump. Pero hablando de Tradición, el periodista católico inglés también se detuvo -con ojo crítico- en la restauración de Putin, que también involucró directamente a la Iglesia Ortodoxa Rusa.

La Rusia postsoviética y postyeltsiniana como baluarte del cristianismo frente a un Occidente cada vez más secularizado: esta imagen -se equivocan quienes la niegan- ha tenido un amplio eco en el conservadurismo mundial. ¿Sigue siendo una imagen aceptable después del estallido de la crisis de Ucrania? En realidad, para Tim Stanley ya no era válida desde antes y explicó sus razones en esta entrevista con la *Brújula Cotidiana*.

Stanley, en su libro usted escribió que durante su viaje a Rusia en 2018 tuvo la sensación de estar en medio de una "restauración de la restauración". ¿Qué quiso decir?

Putin buscó restaurar la Rusia cómo era alrededor de los años 1900, una época en la que la propia familia imperial Romanov estaba tratando de restaurar la grandeza de su gobierno anterior. Sucede a menudo en Gran Bretaña: recordamos constantemente la era victoriana, su arquitectura y sus valores espirituales, asumiendo que son una evocación atemporal del inglés cuando, de hecho, los propios victorianos recordaron una versión fantástica del mundo medieval. Tenemos nostalgia no del pasado en general, sino de un momento específico, que a su vez ha sido definido por la nostalgia. Entonces, Putin quiere que los rusos sean más rusos, pero el momento que señala -el pináculo del orden imperial ruso- fue en sí mismo una innovación, y no necesariamente confortable. ¿Qué siguió, de hecho? 1914.

¿Por qué, al abordar la relación entre religión y sociedad, comparó a Rusia con Irlanda?

En Rusia, la mayoría de las personas se hacen llamar ortodoxas, pero no van a la iglesia, así que creen sin pertenecer. En Irlanda, la asistencia a la iglesia sigue siendo muy alta, pero el país votó para rechazar la teología católica, legalizando el aborto y el matrimonio entre personas del mismo sexo, por lo que pertenecen, pero no necesariamente creen. No estoy seguro de si estas dos situaciones son saludables, porque ambas implican una

ruptura entre el espíritu y la práctica religiosa. Ir a la iglesia, pero votar por cosas completamente no cristianas implica que tus creencias no cuentan con un fuerte respaldo; por otro lado, llamarse cristiano y defender la homofobia, pero no ir a la iglesia, sugiere que lo que realmente lo motiva es el fanatismo.

Hablando de la llamada “Sinfonía” entre la Iglesia y el Estado en Rusia, usted escribió: “cuando la fe y la nación se vuelven sinónimos, existe el riesgo de que la fe se convierta en una etiqueta de identidad en lugar de un sistema de creencias vividas”. ¿Tiene miedo de que la afiliación religiosa pueda proporcionar la motivación ideal para la operación militar en Ucrania?

Hay dos interpretaciones de la relación entre fe e invasión. Una es que Putin, obligado a actuar por la amenaza de expansión de la OTAN, es el defensor de la civilización ortodoxa, que está haciendo todo esto para unir a un pueblo dividido y mantener el listón contra el agresivo secularismo occidental. No sé cuántos rusos realmente piensan eso, ya que es difícil separar la propaganda del Kremlin del sentimiento popular.

La visión alternativa es que las acciones de Putin son la antítesis misma del cristianismo: violencia, intimidación, matanza de inocentes. Entonces vemos un conflicto clásico entre la fe como una identidad étnica/política y la fe como un conjunto de creencias espirituales que verdaderamente deberían trascender la etnia. Este dilema está en todas partes. En un cierto nivel, yo también soy nacionalista: amo a mi país y quiero verlo ganar, y quiero proteger su carácter cristiano contra civilizaciones competidoras. Por otro lado, mi fe es universal: cuando una parte de la iglesia humana duele, la ortodoxa en Kharkiv o la musulmana en Alepo, todo el cuerpo grita de dolor.

Hace más de un año apeló a los conservadores a no “caer” en la contrarrevolución cultural de Putin. Es innegable que a muchos conservadores occidentales les gustaba el presidente ruso. ¿Cree que esta fascinación pueda sobrevivir al conflicto bélico en curso?

Casi nadie en Occidente, de derecha o de izquierda, ha dicho que la invasión de Putin es moralmente legítima. Tucker Carlson y algunos en la derecha estadounidense dicen “no es asunto nuestro”, sospecho porque quieren asegurar la lealtad del votante promedio de Trump, pero al hacerlo, en realidad han malinterpretado a Trump: él, de hecho, afirmó de haber amenazado con bombardear Moscú si Putin hubiera invadido y ahora dice que la OTAN es demasiado blanda. Creo que la reputación de Putin ha recibido un golpe terrible.

Al contrario, me fascinó observar cómo mi madre reaccionaba emocionalmente ante los refugiados ucranianos. "Son tan religiosos", dice con aprobación, "y aman a sus abuelas". Esta no es una guerra entre Oriente y Occidente; es casi una guerra civil entre comunidades cristianas.

En el libro mencionó la pregunta de Kenneth Clark: "¿Por qué estamos luchando?". En estos días hemos escuchado a muchos políticos occidentales afirmar que los ucranianos están luchando para defender la democracia. ¿Tienen razón?

No. Están completamente equivocados. Esto es típico de Occidente: damos por sentado que todo el mundo piensa como nosotros y, siendo hijos de la Ilustración, siempre debemos reducir las preguntas apasionantes a abstracciones. Izquierda versus derecha, democracia versus tiranía, etc. La realidad es que están luchando por sus casas, sus tierras, sus familias. Nosotros, los occidentales, también lo haríamos si fuéramos invadidos. Es muy humano. Recuerdo haber visto una representación de Nabucco en Verona. Los babilonios estaban vestidos como austriacos, los judíos de italianos luchadores por la libertad. Fue un paralelo imperfecto, incluso de mal gusto, pero reiteró cuán poderosamente se siente la gente sobre su identidad y el pasado. Italia como construcción es imperfecta; políticamente no siempre funciona. Pero invádela y de repente se reúne.